# “Sonríe,
# aunque te parezca extraño”

Encarna Sánchez Vargas

Se presentó una esponjosa lluvia a las puertas de la primavera.

Puedo ver que llueve porque los focos del recién estrenado estadio de fútbol y pista de pádel acogen en su haz las precipitadas gotas.

Agua. Origen. Vida. Memoria: dulce y/o salada.

Un hilo sonoro cruza mis ojos. Las venas de asfalto de esta pequeña gran ciudad no cesan de ser transitadas. Personas dentro de sus huevos con ruedas se dirigen hacia alguna parte con algún motivo, pretexto o razón. La cuestión es que no hay stop. Es la autopista.

Su silbido monótono me adormece.

Como la lluvia se ha retirado, las canchas se han llenado de personas, de jugadores, de piernas robustas y peludas… depiladas, que persiguen un balón cuyos movimientos dibujan líneas invisibles y hace correr a los miembros del equipo. Éstos se caen, se levantan, se dan algunos golpes en la espalda y cuando se acaba el tiempo de juego se van a casa.

Yo puedo verlo todo desde el balcón del 4ºC. Desde un sillón reclinable amarillo, con mi corazón apretado y mis sienes palpitantes cual puño rompiendo mi cráneo. Aunque con mejor suerte que el cráneo del señor de la cabina del relato de Vicent donde recomienda en su título no sonreír a desconocidos.

En el mismo sobre del relato ha llegado también un artículo de Lovecraft en un pack espontáneo-literario que me ha regalado hoy el

conserje de la biblioteca. Todo porque le he sonreído al saludarle. (Espero no por ello que tenga intención de violarme)

Sí, esto ha pasado hoy mientras una avalancha de negros amenazaba las fronteras de Ceuta. A ambos lados han debido poner refuerzos de blancos vestidos de azul para parar a los negros vestidos de cualquier manera y color, pero negros. Negro de este lado… es el color de la pobreza, del hambre. Los negros son los de la miseria, los que venden la farola en la puerta de los supermercados y los que piden con un vaso roñoso de coca-cola o mc donals, sosteniendo con sus negras manos la paradoja y delatando el nombre de quienes absorben sus riquezas. Bien es sabido que la tierra negra es la más rica.

De negro visten también algunos hombres blancos y no por ello se les impide el paso. Claro que ese negro es otro negro. Es el negro elegante, es el negro de la gente importante. Es el negro que está al otro lado.

Maletines negros con papeles blancos, dedos blancos que machacan teclas negras en un tablero virtual cuya estrategia atraganta y causa estragos, a los negros que se abalanzan, justamente, persiguiendo la opulencia en la que hemos transformado sus materias primas. Buscando cobrar una deuda que internamente los tiene y nos tiene eternamente entrampados.

Negro es también el oro de nuestro tiempo. El oro que usamos los blancos para mantener nuestro avanzado retraso lleno de tecnología punta.

La pelota rebota sólida pero hueca en la raqueta de pádel. Estos jugadores buscan con su brazo el golpe perfecto y con la excusa del juego y del ejercicio físico; ejercitan la sensación del éxito. Esa milésima de segundo que dura el triunfo: el viaje de no sé qué hormona

que quizás está por descubrir o renombrar. Ganarle al de enfrente y así separados por una red que no es imaginaria gastan su tiempo libre, lanzando una bola que… ¡pobre! Seguro termina reventada. ¡Menudo trabajo!

La otra pelota. La de fútbol está en el centro preparada para el segundo tiempo. Los equipos, divididos en bandos se van posicionando según sus habilidades para defender, atacar, parar etc. Las líneas que delimitan el sofisticado césped de plástico son blancas.

Antes ese suelo, esa cancha era una explanada de tierra que almacenaba coches y en cuyo centro había un árbol. Un único árbol justo en el medio, centrado, igual que la red no imaginaria. Como la línea que separa un campo de otro. Como la valla que nos mantiene a los negros de un lado y a los blancos de negro de otro. Era un árbol silencioso. Bien plantado. Tranquilo. Callado. Abierto a quien quisiera danzar en sus ramas, o descansar en sus brazos. Era un árbol. Uno. Era.

Comienza el segundo tiempo sobre el tapete verde, made in china, seguro. Aunque no vamos a hablar de eso ya que éstos son amarillos y el amarillo es un color que puede ser indigesto:

- No importa que sea radiactivo, mientras sea barato.

Dirán por los estrados…

El árbitro va vestido de negro, eso sí, con sus calzas blancas. Tiempo y espacio son el mismo límite. El mismo barro. Todos estamos así compuestos y sonando.

En este mismo instante mi espacio de escritora inspirada ha sido franqueado por la doble vuelta de llave que abre la puerta del 4ºC. Risas y palabras que entran por el pasillo hasta el salón. Saludo rápido y seca:

- ¿Por qué, no está aquí y ahora el árbitro de abajo? Me pregunto.

El árbitro qué figura… No, no lo necesito. Mi tono ha dibujado una línea divisoria imaginaria con un cartel que dice: -No estoy para el mundo. Mi atención se pierde a momentos en el estruendo de la risa insoportable del amigo de mi hermana.

Vuelvo a mí. Vuelvo a la visión a la imagen vivida y a color que está siendo habitada en este momento por una pequeña rendija de lo que está siendo hoy mi mundo. Mi pequeño fragmento de mundo. Pues éste es tan grande o tan pequeño como lo que miden las transparentes puertas del balcón. Mi objetivo.

Comprendo que no haya espacio ni tiempo.

Comprendo que los informativos no tengan tiempo, ni espacio para hablar del milagro del agua o del poder de la sonrisa. Comprendo que no puedan hablar de la belleza más allá de la que implantan los cirujanos, o los urbanistas. Comprendo, aunque no entiendo. Por eso sonríe, aunque te sientas extraña, aunque te sientas raro.

Podría cantar, invocar a la lluvia cual Cherokee, Lakota, Chippewa, Siux o Toncawa, por nombrar algunas tribus y hacer que todas las pistas se queden desiertas. Pero no es necesario. Las manecillas han dibujado un ángulo en las líneas imaginarias de la red del tiempo y toda una cadena de pensamiento y hábito les hace abandonar el campo de juego; ya que están a este lado, que conste. De lo contrario, sería el de batalla ya que para eso si hay tiempo y dinero. Aunque los hombres de negro digan que los números están rojos.

También ellos fueron cercados, los indios, me refiero. Vallados, por líneas no precisamente imaginarias. Reservados pero sin copyright. Esta fue otra de las aventurillas del hombre blanco cuyo negro pensamiento amenaza su propio mundo.

Por cierto que no me siento más segura porque hayan puesto doble refuerzo en la valla. ¡Vaya, vaya!

Voy a deslizar las cortinas. Fin del espectáculo y dentro de un rato como si fuesen cortinas, bajarán también mis párpados. Pero con una sonrisa, pues sé que la belleza de la que hablo no está sólo en sueños. Una vez que ésta se despierta:

- ¡¡¡GOL!!!

Y gol en ambas puertas.

Final de (lo) partido.